

Imágenes rotas

SIMON LEYS

Traducción de Jesús García

Casus Belli, 10

Primera edición: *Febrero 2021*

© Éditions Robert Laffont, S.A., Paris, 1976

Título: *Imágenes rotas*

Título original: *Images brisées*

Autor: *Simon Leys*

Traducción: *Jesús García*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Imagen de cubierta: «*Destruye el viejo mundo, y construye un mundo nuevo*», *abril de 1967*,
colección del International Institute of Social History

Maquetación: *Andrés Devesa*

Revisión: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-121887-1-4*

Depósito legal: *M-1244-2021*

Para pedidos e insultos:

Ediciones El Salmón
C/Elda 18, bajo, 03012 Alicante
contacto@edicioneselsalmon.com

Índice

Advertencia.....	7
TESTIMONIOS.....	9
Imágenes rotas.....	10
ARTES Y LETRAS.....	81
Cerrado provisionalmente por reformas	
Nota sobre los museos en la China Popular.....	82
¿Vive Ah Q todavía?.....	92
POLÍTICA.....	97
El movimiento de «Crítica a Lin Biao y a Confucio».....	98
El manifiesto de Li Yizhe.....	112
¿Y después de Mao?.....	123
NECROLÓGICAS.....	129
Retrato de Chiang Kai-shek.....	130
Aspectos de Mao Zedong.....	135
ANEXO.	
MUNDANIDADES PARISINAS.....	143
Pequeña nota al margen a una reedición de Barthes.....	144
La oca y su relleno.....	146



Advertencia

El presente volumen reúne una serie de artículos y de ensayos que he escrito sobre la China contemporánea en el transcurso de los dos últimos años. Algunos de estos textos se publicaron en periódicos, otros son inéditos.

Una vez más quiero invocar aquí la autoridad de Lu Xun, que en estas materias constituye la guía más segura: «Algunos amigos, que estiman que la situación apenas ha cambiado desde que escribí estas cosas, han pensado que valía la pena recopilarlas en una colección. Eso me apena. Pienso en efecto que las polémicas emprendidas contra los vicios de una época desaparecen normalmente al mismo tiempo que sus destinatarios. Puede decirse de esos escritos lo que de los glóbulos blancos de la sangre que acaban formando una costra en una herida: si no se eliminan a sí mismos es signo de que la infección continúa activa».

S. L.
Agosto de 1976



TESTIMONIOS

Imágenes rotas*

What are the roots that clutch, what branches grow
Out of this stony rubbish? Son of man,
You cannot say, or guess, for you know only
A heap of broken images...**

T. S. Eliot

The Waste Land (Burial of the Dead)

A modo de despedida

Las páginas que siguen no añaden nada esencialmente nuevo a lo que intenté expresar en *Sombras chinescas*. Son en parte fruto de una estancia reciente en Hong Kong, estancia que me permitió hacer lo que nunca antes me fue posible al otro lado de la frontera: recoger confidencias individuales con total espontaneidad.

* Publicado por primera vez en *Contrepoint*, n° 19, 1975.

** «¿Qué raíces arraigan, qué ramas crecen/ de estos desechos de piedra? Hijo del hombre,/ no puedes decirlo, ni intuirlo, pues sólo conoces/ un montón de imágenes rotas...».

Aunque la pasión las distorsione, y por muy limitadas y singulares que puedan ser las experiencias de las que son testimonio, me pareció que esas voces de China merecían, también ellas, ser escuchadas. Me he permitido añadirles ciertas reflexiones y observaciones personales.

Algunos amigos me han confesado la irritación que empieza a causarles mi propensión monomaniaca a denunciar el maoísmo. Que me perdonen una vez más en esta ocasión, y que piensen que será la última. Con este último lote de notas y de propósitos he vaciado definitivamente mi carpeta y ya no tengo nada más que decir sobre ese tema de aquí en adelante. Hay en estos momentos en China un buen número de extranjeros, sobre todo sinólogos y estudiantes, que tienen el privilegio de vivir en un contacto más estrecho con una realidad que, desgraciadamente, comienza a alejarse de mí de manera ineluctable. ¡Ojalá sus testimonios, substituyendo en breve a los míos, demuestren ser una lectura menos deprimente!

Soy consciente del carácter deplorablemente deshilvanado de estas páginas, pero no busco ni excusarme ni ponerles remedio: toda tentativa de organización o de composición correría el riesgo de conferir a estos fragmentos la engañosa apariencia de una síntesis a la cual ni mis incertidumbres ni mi ignorancia me permiten aspirar.

*

En Hong Kong tuve la ocasión de conversar largamente con diversos ciudadanos chinos que habían abandonado recientemente la República Popular; algunos de ellos con un visado de salida en regla, un número mayor escapándose de allí poniendo en riesgo su vida. Dado que no soy ni un «*China watcher*» ni un investigador profesional, no he provocado nunca esos

encuentros; se desarrollaron sencillamente al azar de las amistades. En Hong Kong las personas salidas de China mantienen entre sí contactos bastante estrechos; les une en común la experiencia de algo en cierto modo inexpresable para lo que su nuevo entorno no muestra más que incomprensión e indiferencia. China se encuentra en el centro de sus preocupaciones; así que en cuanto encuentran a un extranjero que comparte su dolorosa obsesión, le acogen calurosamente y se desviven por hacerle conocer a otros amigos que podrían hacerle comprender mejor –piensan– qué está sucediendo en realidad, algo para lo que les faltan palabras con las que expresarse.

En el transcurso de esas conversaciones nos ha acontecido a menudo, a mis interlocutores y a mí, que nos hemos maravillado de nuestra suerte: nosotros aquí, ellos chinos, yo extranjero, desnudando nuestros corazones ¡y diciendo todo lo que se nos pasa por la cabeza! Nuestros caminos podrían haberse cruzado perfectamente ayer en China, pero tendríamos que haber guardado silencio; o incluso si en el transcurso de una clásica visita a su escuela, a su fábrica, a su comunidad, me hubiese sido dado verles y preguntarles, no habrían podido más que recitarme puntualmente la letanía que por convención se exige soltar a los extranjeros... Acerca de este asunto de las relaciones entre chinos y extranjeros, algunos de sus relatos terminan por lo demás por arrojar luz retrospectivamente sobre experiencias que tuve durante mi estancia en China y que, por algún incidente en particular, me provocan un doloroso remordimiento.

S..., estudiante originario de Cantón, me cuenta que un día uno de sus amigos, que estudiaba inglés en la Universidad Sun Yat-sen, mientras deambulaba por unos grandes almacenes de Cantón, se topó por casualidad con un extranjero que, deseando realizar cierta compra, se esforzaba en vano por hacerse entender ante una vendedora. El amigo, feliz de encontrar

una ocasión de ser útil y de poner en práctica sus conocimientos de inglés, propuso sus servicios y en unos minutos resolvió aquel pequeño problema de comunicación. Tras ello continuó su paseo, pero apenas hubo salido de la tienda, un agente de la Seguridad estatal le abordó y le pidió que le siguiera «para una pequeña conversación». Le tienen detenido en la Oficina de Seguridad durante toda una tarde; se le somete a un interrogatorio, realizado por varios investigadores que se relevan unos a otros y le obligan a reconstruir por turnos el contenido exacto de algunas de las frases que intercambió con el extranjero. Quieren obligarle a que se inculpe, a que confiese que ese encuentro no fue fruto de la casualidad, que conocía a ese extranjero. No obstante, después de varias horas, la constancia con la que el desdichado joven mantenía que no había visto nunca antes a ese extranjero y que se había tratado tan sólo de la compra de seis pares de calcetines y de una docena de pañuelos, triunfó sobre la obstinación de sus interrogadores, que le dejaron libre. El asunto no tuvo consecuencias, pero el estudiante juró que nunca más en su vida le dirigiría la palabra de manera espontánea a un extranjero.

Esta anécdota me trae bruscamente a la memoria un incidente mínimo acaecido durante mi estancia en Pekín. Cierta tarde había yo caminado bastante por un suburbio alejado, cuando, al ver una peluquería, sentí el impulso repentino de cortarme el pelo, lo que me permitiría sentarme un momento y charlar un poco. Apenas puse el pie en el establecimiento, que estaba vacío de clientes y tenía un aspecto bastante sórdido, me di cuenta de que debía de haber cometido yo alguna torpeza, porque nada más entrar el encargado se mostró aterrorizado y se quedó por unos instantes inmóvil de estupor; recomponiéndose finalmente, me hizo una señal de que me sentara y, después de un breve momento de reflexión, cerró la puerta con llave y

bajó la persiana del escaparate. Luego se puso a cortarme el pelo a toda velocidad, con la mandíbula tensa. Todas las tentativas, por lo demás bastante inocentes, que ensayé para entablar conversación chocaron contra un muro; gruñó dos o tres monosílabos para dejar bien claro que no estaba de humor para chacharras. Cuando salí finalmente de su establecimiento sorprendí a dos o tres niños arremolinados junto al cristal del escaparate, intentando espiar a través de una hendidura de la persiana para ver qué sucedía en el interior: y entonces intuí vagamente, por primera vez, la catástrofe que mi capricho irresponsable haría caer quizá sobre la cabeza del peluquero... Yo había sepultado más o menos en mi memoria este incómodo recuerdo cuando el relato de S... vino a dotarle de un nuevo relieve. ¿Cómo hubiera podido el desdichado explicar nunca de manera convincente a los agentes de la Seguridad la entrada a su sórdido establecimiento de un extranjero? ¿Es que no es conocido de todo el mundo que los extranjeros frecuentan solamente los lujosos establecimientos de sus hoteles? «¿Por qué razón habría de venir un extranjero precisamente a su tienda, al final de ese callejón, en un suburbio en el fin del mundo? ¿No lo sabe? ¿No tiene ni idea? Ah, claro... Pero *nosotros* sí lo sabemos».

*

P..., que salió de China en 1973, era obrero en una gran fábrica de Wuhan. Me cuenta sus problemas matrimoniales. Hijo de un antiguo militar del Kuomintang, se encontraba marcado, debido a ello, por un estigma imborrable. Las consecuencias no se notaron de manera inmediata, pues comenzó disfrutando de una de las condiciones más envidiables de la China Popular, la de obrero en una empresa importante en un gran centro urbano. Sin embargo, las cosas empezaron a torcerse para él el día en que se

enamorado de la hija del secretario de un comité local del Partido. Sus sentimientos fueron correspondidos por la joven; así pues, decidieron casarse, y fue entonces cuando el Partido vino a poner fin bruscamente a ese proyecto: en efecto no era decente, ni concebible, que el hijo de un reaccionario se casara con una joven «de buena cuna» (*chu shen hao*, es decir, hija de proletario, de campesino pobre o casi pobre, de revolucionario o de miembro del Partido). En este caso concreto se trataba, por encima de todo, y de parte del padre de la joven, de impedir la celebración de un matrimonio que, al unir a su familia con la de un individuo políticamente estigmatizado, hubiera podido comprometer su propia situación de manera definitiva.

Empezaron apartando a la joven asignándole un nuevo empleo en una localidad lejana. Desgraciadamente para él mismo, el joven tenía un carácter obstinado: no sólo se mostró incapaz de encarar la situación con sentido común y realismo, sino que incurrió en la insolencia, rayana en el delirio, de invocar, contra la autoridad paternal del Partido, las disposiciones de la famosa ley sobre el matrimonio del 30 de abril de 1950 que garantizan la libertad de elección de los cónyuges. Huelga decir que esta actitud en rigor sediciosa le granjeó sanciones: perdió su excelente empleo y se le asignó un trabajo de peón que reducía en dos tercios su salario. Como seguía sin renunciar a su quimera, fue reducido progresivamente a la condición de paria. Este régimen de privación y de ostracismo duró seis años, al final de los cuales se declaró finalmente derrotado, reconoció sus errores y renunció a sus pretensiones. Entonces el Partido, cuyo afán de protección se extiende a todos los seres, incluidos los descarriados, tuvo un gesto admirable: sabiendo, en su sabiduría, que «no es bueno que el hombre esté solo», por iniciativa propia intervino para presentar una esposa al pecador arrepentido; y como se trataba de la exmujer de un preso político (en general cuando un cónyuge

es detenido por un crimen político, el otro es animado con firmeza a solicitar el divorcio con el fin de «marcar claramente que ha tomado distancia» con el enemigo de clase, *hua qing jiexian*), se debía constituir por tanto, conforme a la mejor tradición china, una «unión perfectamente cabal», *men dang hu dui*.

Esta historia contiene una doble moraleja. La primera es que, lejos de haber abolido las prerrogativas del antiguo *pater familias* –en materia de matrimonios, entre otras–, el Partido simplemente las ha hecho suyas. La segunda es que la gente corriente puede vivir relativamente tranquila en la China Popular si sabe *estar en su lugar*, evitando alimentar ambiciones sociales extravagantes y sobre todo guardándose mucho de entrar en conflicto, en competencia o simplemente en contacto con la clase dirigente.

*

En lo que se refiere a la situación actual en las fábricas, P... me la describe en términos que confirman, en todos sus puntos, lo que con anterioridad me había contado F..., obrero también, pero originario de Cantón. La moral de los trabajadores está baja. El movimiento «Crítica de Lin Biao y de Confucio*» aturde a todo el mundo: la tropa da vueltas y vaga en la niebla, percibiendo que, bajo el manto de esta absurda polémica, desde arriba se están yendo por las ramas... ¡Si tan sólo ellos, los de la cúpula, fuesen capaces de aprender a solventar sus disputas entre ellos directamente, sin tener que recurrir en cada ocasión a esas gigantescas y fastidiosas movilizaciones de masas, sin experimentar a cada embate esa necesidad de atacarse por medio de inocentes interpuestos...!

* Acerca de este delirante episodio, véase en este mismo volumen «El movimiento de “Crítica a Lin Biao y a Confucio”», pp. 98-111 (*N. de los ed.*)